

Cartografías sensoriales con personas no videntes para pensar el espacio urbano

Israel Idrovo Landy
Universidad de Cuenca
israel.idrovo@ucuenca.edu.ec

Introducción

La presente ponencia explora, desde una experiencia de etnografía urbana con personas no videntes, las potencialidades heurísticas de un ejercicio experimental de cartografía sensorial, en el afán de pensar el espacio urbano desde los sentidos y las sensaciones.

Partiré entendiendo a la ciudad como un “campo” de representaciones y significados, como una realidad socialmente construida (Bourdieu, 2000), un palimpsesto formado por subjetividades, memorias (individuales y colectivas) y experiencias personales. En tal virtud, la “experiencia urbana”¹ (Duhau y Giglia, 2008) no es solo física o intelectual, sino también –y sobre todo- es una experiencia subjetiva y sensorial, en la medida que somos piel y nos relacionamos con otras personas y con el mundo mediante los sentidos.

Ahora bien -pensando en clave antropológica- sentir más que un fenómeno físico es un fenómeno cultural. La percepción sensorial del entorno, entonces, no es un suceso mecánico-fortuito sino una interpretación subjetiva, en la que participa el propio contexto pero también la educación, el ánimo, las condiciones y la historia personal del sujeto. Es decir, percibimos lo que estamos preparados para sentir y cada quien de manera diferente, pues los sentidos “son filtros que solo retienen en su cedazo lo que el individuo ha aprendido a poner en ellos” (Le Breton, 2007). Nuestros sentidos se moldean según el ambiente en que vivimos y también según el entrenamiento que les damos.

¹ Entendida como una vivencia profunda de la ciudad, como un apropiación que genera rutinas, prácticas, afectos, historicidad, relaciones sociales, sentidos de identidad y en último término una sensación de amparo y abrigo.

Bajo estos presupuestos, me aproximo a la experiencia urbana de personas ciegas, quienes por su condición, tienen una manera muy particular de percibir el espacio, resolver sus actividades cotidianas y relacionarse con otras personas. Esta perspectiva, es especialmente interesante cuando los centros urbanos actuales, se caracterizan porque casi la totalidad de sus prácticas culturales, sociales, educativas, de transporte y movilidad, tecnológicas, mercantiles, publicitarias, etc., tienen como signo y sistemas de representación a la imagen, y cuando esta primacía de lo visual (o bien se podría decir: monopolio), nos ha privado o por lo menos ha restringido de manera considerable las posibilidades de vivir experiencias multisensoriales en la ciudad.

Explorar la “experiencia urbana” desde los sentidos, implicaría por tanto dejarse sumergir en el mundo y nos demandaría un doble reto: de sensibilidad (reaprender a sentir, entender como funcionan los sentidos y en última instancia hacer del cuerpo del investigador una herramienta de trabajo etnográfico) y de registro (cómo expresar con palabras, mapas, etc., registros sensoriales olfativos, gustativos, auditivos o táctiles)

En este contexto, inspirado en algunos ejercicios heurísticos de vanguardias artísticas del siglo XX, como el Land Art y el Situacionismo, propongo construir mapas sensitivos de la ciudad, mapas en los que no interesará tanto la representación rigurosa de hitos, construcciones, vías y proporciones (espacio sedentario), como la referencia de momentos, subjetividades, sensaciones o sentimientos (espacio nómada) que tienen que enfrentar en su desplazamiento cotidiano por el espacio urbano personas ciegas, en el afán posterior de dilucidar un complejo sistema de relaciones, vínculos e incluso situaciones de violencia.

Este ejercicio metodológico heterodoxo -casi a manera de juego- deviene entonces un recurso que bien puede enriquecer el quehacer etnográfico e incluso puede ayudarnos a pensar la ciudad desde una perspectiva diferente, puede ayudarnos a pensar desde los sentidos, y en tal medida a comprender y a “sentir” la ciudad, que al final, es una forma más profunda de habitarla.

1. El reto de sentir la ciudad: ¿Qué podemos aprender de las personas no videntes?

En un debate ya clásico para los estudios urbanos, Henri Lefebvre, distinguía “la ciudad” de “lo urbano”, en donde la primera noción se refería a la “realidad presente, inmediata, dato práctico sensible, arquitectónico”, mientras que lo “urbano” se relacionaría a la idea de “habitar” el espacio, y si bien no puede prescindir de una morfología determinada, mas bien se refiere a la “realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir por el pensamiento” (Lefebvre, 1978: 67).

Esta precisión es pertinente en cuanto, a efectos de este trabajo, privilegio por sobre la realidad material de la urbe, su dimensión subjetiva; es decir, los usos y las prácticas, así como las sensaciones y sentimientos que esta praxis provoca. Esta vivencia profunda de la ciudad que la marco en la noción de “experiencia urbana”, esta mediada por los sentidos; así, en nuestra relación con la ciudad, vemos, olemos, escuchamos, saboreamos y palpamos cotidianamente estímulos, que hacen de esta una experiencia muy rica y compleja.

Amén de esta realidad, la sociedad contemporánea del “Homo Videns” que alertaría Giovanni Sartori (2013), ha encumbrado un canon “oculocéntrico” en donde la vista no solo se ha impuesto, sino que ha eclipsado a los otros sentidos como registros equivalentes para el uso y disfrute del espacio urbano. Así, es tan contundente e inmediata la información que recibimos por los ojos, que relegamos o incluso descartamos la posibilidad de un acercamiento multisensorial a la ciudad (Le Bretón, 2007). ¿Para qué necesitaríamos escuchar, palpar, probar u oler la ciudad, si al parecer con solo mirarla tenemos información suficiente para desenvolvemos en ella y disfrutarla?

De la misma manera, el “canon posmoderno” -que privilegia lo estético sobre lo ético y lo funcional, así como la rentabilidad sobre la justicia social- (Harvey, 1998; Delgado, 2007), aupado por el negocio turístico que atrae una ciudad patrimonial, ha coadyuvado para que se apueste por una “ciudad postal”, orientada hacia el mercado y el espectáculo, orgullosa de sus fachadas, que ha plegado a la carrera por reconocimiento y legitimación en circuitos del turismo internacional, en detrimento de la vida real de la gente y de su historia social (Kingman, 2012). En coherencia con ello, sectores influyentes de la ciudad (turístico, industrial, empresarial) y decisores de política

pública, ponen énfasis en éstas dimensiones, procurando con ello una ciudad bella para sus habitantes y atractiva para foráneos.

Es en este marco en donde la particular manera de apreciar, relacionarse y valorar la ciudad por parte de personas no videntes, aporta una entrada original y sugerente para entender las dinámicas urbanas tanto en términos conceptuales como metodológicos. Pues como ya lo he mencionado, los sentidos se moldean según el contexto en que habitamos (así una persona puede ser más resistente al calor o al frío según el lugar en donde vive; reconoce más matices de un color si existe alguno que predomina en el entorno como en contextos de nieve perpetua o desierto; o tiene un umbral de dolor más alto si esta sometido a condiciones de vida o trabajo extremas) y también según el entrenamiento que les damos (como un músico que reconoce con agudeza los instrumentos que intervienen en un pieza musical o puede afinar “de oído” un instrumento, mientras que un lego en la materia no lo conseguiría; o como un enólogo que es capaz de reconocer delicados matices e ingredientes al oler o probar un vino) (Le Breton, 2007); y en tal medida la condición de ceguera supone una perspectiva alternativa de vivir y apreciar la ciudad. A fuerza, un ciego aprende a potenciar sus otros sentidos para encontrar con ellos la información necesaria para resolver dilemas de la cotidianidad urbana, a manera de estrategia para habitarla y recurso para resistir los embates de una ciudad hostil y discriminatoria.

A continuación, propongo describir a partir de mi trabajo etnográfico ya de varios años con personas no videntes (desde el 2011 a la fecha), esta particular relación multisensorial con la ciudad, con el doble afán de abrir la posibilidad de un entendimiento más profundo y original del espacio urbano y a la vez de ampliar las posibilidades metodológicas de este cometido.

1.1. Palpar la ciudad.

Contrario a lo que se piensa comúnmente, la experiencia urbana de los ciegos, nos enseña que se puede tocar con todo el cuerpo y no solamente con las manos, pues ellos desarrollan una sensibilidad cutánea que les dota de información útil para transitar por la ciudad. He sido testigo de cómo personas no videntes prestan una sutil atención al calor, el frío, la luz, las corrientes de aire, etc., y de esta manera –por ejemplo- frenan su caminar cuando presienten obstáculos a poca distancia, así mismo, una corriente de aire

puede alertarles de una salida, una puerta abierta o sentir una temperatura de sombra puede sugerirles la cercanía de algún edificio.

A diferencia de la vista, que nos provee de información de “un solo golpe”, la experiencia táctil nos da información de manera sucesiva, discontinua, avanza austeramente descubriendo poco a poco cada elemento del entorno (Le Breton, 2007: 171). Esta característica funda un sentido de reposo, lentitud y perdurabilidad que riñe con la aceleración y la atomización contemporánea del tiempo, en cuanto propicia una capacidad contemplativa. Esta “capacidad” que el filósofo coreano Byung-Chul Han califica como el “arte de demorarse”, permitiría el acceso a lo bello o lo verdadero, su “esencia aromática”, utopías inalcanzables por intermedio del goce inmediato y fugaz (Han, 2015).

El bastón por su parte, se convierte en una extensión táctil para la persona no vidente. En este caso, el cuerpo incorpora una prótesis que mediante técnicas específicas (como la de contacto constante, de los dos puntos, la técnica diagonal, etc., usados según los propósitos del desplazamiento y/o las características del terreno) funciona como un complemento del cuerpo, muy útil para palpar el entorno circundante de la cintura para abajo y a la vez andar erguido. Cuando Rodrigo comenta: “el bastón es mis ojos” (comunicación personal, 15 de octubre de 2017) no es una exageración; las personas no videntes miran a través de la piel, lo que incluye por extensión su bastón. Al ser esto así, se entiende como para un ciego un lugar es bello no por su arquitectura o estética, sino por su materialidad y sobre todo por las sensaciones que transmita a su cuerpo: una sensación térmica agradable o una brisa refrescante, hacen de una salida al parque una experiencia placentera, muy al margen de la constitución morfológica de ese sitio.

1.2. Oler recuerdos

El olfato siempre ha sido un sentido subestimado, sin embargo, este tiene la facultad de “evocar vívidamente recuerdos cargados de emoción relativos a acontecimientos y escenas del pasado” (Tuan, 2007: 21). Es un sentido asociado fuertemente a la memoria, pues puede inscribirse en el largo plazo, es una huella de historia y de emoción que las circunstancias reavivan. Siempre impregnado de afectividad, el olor es un medio para viajar en el tiempo, para arrancarle al olvido migajas de existencia (Tuan, 2007). Esta

característica hace que podamos sentir placer o bienestar en el contexto de algún olor que asociemos con experiencias positivas.

En el caso de personas no videntes, el sentido del olfato además deviene un valioso recurso de orientación espacial, un ejemplo de esto es cuando Ricardo me decía: “cuando ya empiezo a oler el pan, ya se que estoy llegando a la esquina de acá abajo [...]” (comunicación personal, julio de 2013). Una noche, yo llevaba a su casa a Adrián después de un taller en la Sociedad de No Videntes, en el trayecto, ha pesar de que él iba atento dándome instrucciones nos perdimos, al parecer yo había tomado una ruta incorrecta. Luego de varios intentos fallidos por recobrar el camino, Adrián me pidió que regresara a la avenida principal, bajó la ventana del vehículo y expuso su rostro hacia la calle, yo no entendía lo que estaba haciendo, hasta que habiendo recorrido un par de cuadras, reconoció el olor de un puesto de carnes asadas en la vía, enseguida se ubicó de nuevo y la instrucción fue precisa: “de esta esquina, donde está la carretilla de los chuzos, debe virar a la derecha y seguir recto” (comunicación personal, mayo de 2018). Volvimos a encontrar el rumbo y ya con esa referencia fue fácil llegar a su hogar.

Asimismo, el olfato para una persona ciega, puede proporcionar información temporal útil, verbigracia, cuando paseaba con Ricardo por las inmediaciones de SONVA, al percatarse del olor me dice: “ya están pasando los perros [refiriéndose a hot dogs de carretilla], las doce han de ser [...] no se a donde irá pero pasan por aquí a las 12 todos los días” (comunicación personal, julio de 2013).

1.3. Oír el paisaje

El oído siempre está abierto al mundo, y sin embargo, abstraídos por lo visual o perturbados por el ruido de vehículo y bocinas, nos perdemos un mundo de sonidos, voces, cantos, mantras... que podríamos descubrir en la ciudad. Empero, una persona ciega potencia este sentido de tal forma que lo equipara al de la vista y encuentra en los sonidos de su entorno información fundamental relacionadas a peligros, tráfico, placer, dimensiones, obstáculos, desolación, amparo, etc. Más de una vez Ricardo me sorprendió alertándome de sonidos de aves o anuncios que de otra forma me hubieran sido imperceptibles; pues, a diferencia de las personas videntes -quienes no entrenamos el sentido ni prestamos mucha atención a la información auditiva, mezclando todos los

sonidos en un solo paisaje sonoro- las personas con discapacidad visual están más atentas a la información audible, y en ese entrenamiento cotidiano, son capaces de aislar y diferenciar sonidos, reconocer voces con mayor facilidad, etc.

Este sentido además, es otro recurso de orientación espacial muy interesante. Siempre me llamó la atención la estrategia de movilidad que había desarrollado Ricardo, quien se desplaza aplaudiendo cada vez que camina sin bastón y por espacios desconocidos. Me explicaba que está atento a como se escucha el golpe de sus palmas o si existe eco, para prever la existencia de un obstáculo cerca, las dimensiones de un espacio o reconocer un lugar despejado y de fácil movilidad. De la misma manera, el sonido ambiente puede anunciar que está cerca un río, que los vehículos se detuvieron en un semáforo, que está llegando el bus, etc.

El oído es un sentido muy sensible, de ahí que nos afecte más lo que oímos que lo que vemos (Tuan, 2007: 19), y por tanto sea tan inclemente la contaminación auditiva en la urbe. Así, las personas no videntes, serán más vulnerables y se verán muy afectados frente a sonidos estridentes, las profusión de voces y ruidos y en general, situaciones de contaminación auditiva en la ciudad: “cuando pitan todos los carros en el centro [de la ciudad], uno se desorienta [...], se confunde” (Eduardo, comunicación personal, diciembre de 2013). “Lo que no me gusta [en fiestas y eventos] es tanto así la bulla, o sea, cuando ponen [música] en alto volumen, porque uno se pierde así, se marea y no sabe dónde está” (Adrián, comunicación personal, diciembre de 2013). Mientras que en el otro extremo, el silencio total les generará una sensación de ansiedad o angustia: “en la madrugada me da miedo, porque no se oye nada” (Ricardo, comunicación personal, julio de 2013).

Como hemos visto hasta aquí, no es poco lo que podemos aprender al acercarnos a maneras “alternativas” de vivir el espacio urbano. En este caso, el experimentar la cotidianidad prescindiendo de la vista, nos pone en una situación extraña y poco común que nos hace intuir nuevas maneras de significar e interactuar con la ciudad.

2. Cartografías multisensoriales para pensar el espacio: Mapas sedentarios vs. Mapas nómadas.

“Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque requiere aprendizaje. Los rótulos de las calles deben entonces hablar al que va errando como el crujir de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos reflejarle las horas del día tan claramente como las hondonadas del monte”

Walter Benjamin

Ahora bien, “sentir” la ciudad en los términos que hemos descrito, demanda un ejercicio de exploración del espacio, un desplazamiento agudo y consciente, que haga posible una verdadera experiencia multisensorial. Desde esta perspectiva, el simple acto de caminar es potencialidad y realización de la experiencia urbana, pues éste sería al sistema urbano lo que el acto de hablar es a la lengua.

Para Michel de Certeau, caminar la ciudad puede cumplir una triple función enunciativa: por un lado, el caminante se apropia progresivamente del espacio físico que circunda; luego, con este ejercicio se da una realización espacial del lugar, es decir, existe porque lo recorro; y finalmente funda un conjunto de relaciones entre actores y posiciones diferenciadas, una suerte de contratos pragmáticos bajo un modelo de movilidad. Así, en la apropiación, realización y relacionamiento radica la trascendencia del trajinar urbano (De Certeau, 1996).

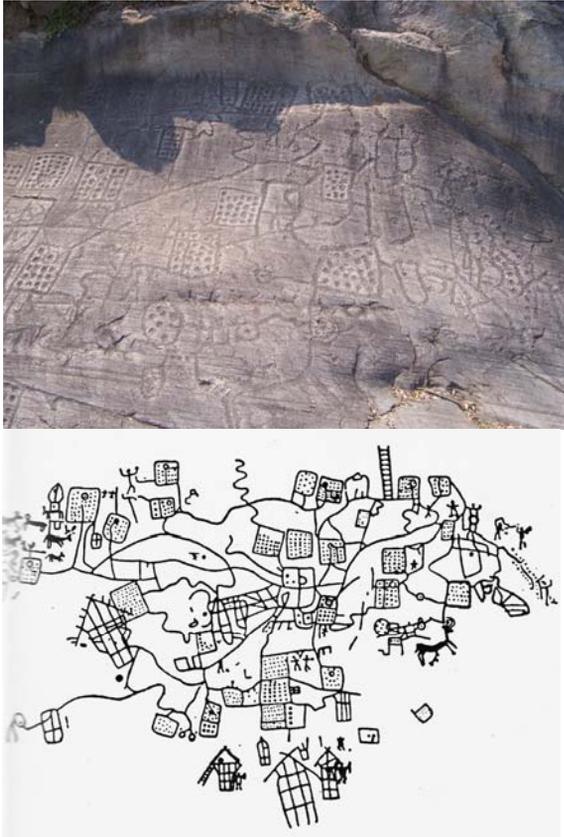
Caminar supone también un estado de alerta permanente para los sentidos y la inteligencia, una oportunidad para experimentar una multitud de sensaciones. No es una práctica mecánica pasiva, por el contrario, en cuanto ejercicio creativo de intervención en el espacio, es una forma de marcarlo y recrearlo, incluso el caminar puede entenderse como “un instrumento estético capaz de describir y de modificar aquellos espacios metropolitanos que a menudo presentan una naturaleza que debería comprenderse y *llenarse de significados*, más que proyectarse y *llenarse de cosas*” (Careri, 2013).

Una característica clave que le da al andar su potencial contemplativo y transformador, tiene que ver con su ritmo y tiempo. Frente al vértigo con el que se desarrollan y suceden los acontecimientos, la volatilidad de las relaciones y lo efímero de las experiencias urbanas en el mundo contemporáneo (Augé, 2000; Bauman, 2016), el acto

de caminar se presenta como una práctica subversiva que nos permite reconciliarnos con nosotros mismo y nuestro entorno, restituirle a la ciudad su dimensión lúdico-simbólica, su vocación hacia el encuentro y la sorpresa, reevaluar nuestras nociones de tiempo y distancia, así como descubrir detalles que estarían vedados a la velocidad y la rutina del vehículo y el transporte público. Caminar, en cuanto acto y técnica, nos “desliza subrepticamente por otra geografía, eminente y literalmente poética” (Augé, 2009), puesto que ofrece la posibilidad de un contacto más sosegado con el entorno, porque insta una fuente de metáforas espaciales, de acercamientos inesperados y de descubrimientos serendípicos que potencian la experiencia urbana del caminante.

Bajo los argumentos propuestos, se comprende la importancia del caminar atento (con los sentidos dispuestos y “abiertos”) como una posibilidad de aproximarse a una experiencia urbana multisensorial, y de los registros de estos trajinares como una potente herramienta para pensar y entender el espacio urbano.

Francesco Carreri (2013) advierte de dos ejemplos tempranos de esta sensibilidad. Uno de ellos se encuentra en grabados que datan de hace unos 10.000 años en el norte de Italia, en donde se representa un complejo sistema de conexiones de la vida cotidiana en un poblado paleolítico. Es este un mapa muy peculiar, en la medida que no se preocupa de hitos cartográficos, ni pretende representar el espacio de la manera más fidedigna, sino que representa momentos, situaciones de la cotidianidad, vínculos y relaciones sociales o de las personas con el espacio (Carreri, 2013).



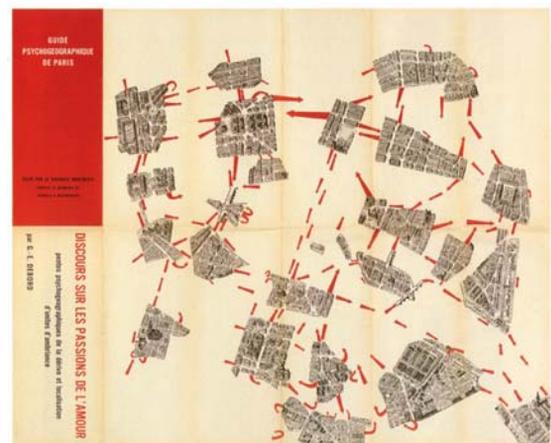
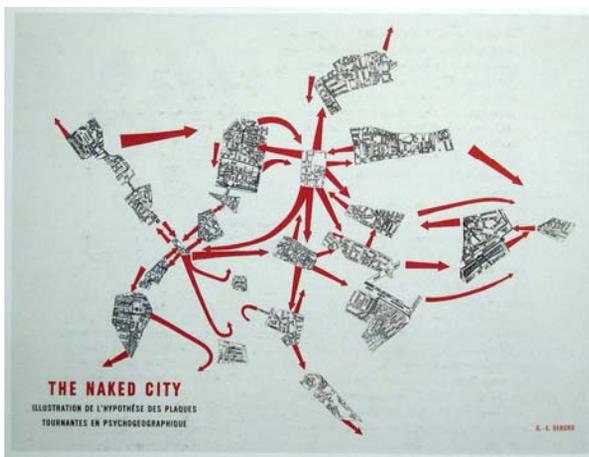
Grabado Rupestre. Bedolina, Val Camonica. Italia. 10.000 A.C.

El otro ejemplo lo encontramos en un rito de iniciación de aborígenes australianos conocido como el “Walkabout”, en donde adolescentes por un período de hasta seis meses, llevan una vida errante por todo el continente. Cada camino está asociado a un cántico, que a su vez está vinculado a historias míticas produciendo a la postre una suerte de cartografía musical o de guía cantada, que es tanto geográfica como religiosa (Carreri, 2013).

En tiempos contemporáneos, quienes mejor entendieron este potencial, ya para mediados del siglo XX, no vinieron de las ciencias sociales o la geografía sino desde el campamento del arte. Artistas vinculados al Land Art consideraban el andar como una forma para intervenir la naturaleza o incluso como una forma artística autónoma, noción que explora Richard Long en 1967 con su obra *A Line Made by Walking*, en donde como efecto de un transitar reiterado, dibuja una línea en la hierba de un prado. El principio fundamental de este gesto, es alterar con sentido artístico el paisaje, conectarse de manera profunda con el entorno y a la postre producir el máximo de efectos y sensaciones.



Finalmente, otra referencia e inspiración para los ejercicios de cartografía que propongo, es el Situacionismo, un movimiento artístico-político de vanguardia cuyo planteamiento es la construcción de situaciones concretas en la ciudad. Estas “situaciones”, eran intervenciones (happenings) o procesos lúdicos que pretendían interpelar al sistema capitalista, avizorar nuevos usos y estrategias de relacionamiento en el espacio urbano y materializar modos alternativo de habitar la ciudad. Este colectivo, a través de sus ejercicios de “deriva” y “Psicogeografía” proponen el estudio de las formas y sobre todo los efectos del medio geográfico (acondicionado o no conscientemente), sobre las emociones y el comportamiento de las personas (Barreiro,



2015).

Las referencias aludidas hasta el momento, abonan a diferenciar el espacio sedentario - como un espacio lleno, denso, sólido, una categoría física ocupada por las cosas- del espacio nómada, asociado a un espacio vacío, líquido, una categoría subjetiva determinada por los recorridos.

Los mapas nómadas por tanto, privilegian el espacio transitado, el camino, por sobre los puntos de partida, de llegada o los hitos cartográficos. En la medida de que no procuran puntos de referencia estables, son mapas móviles, versátiles, rizomáticos, pueden empezar en cualquier sitio y expandirse indefinidamente. Son mapas que indagan en la subjetividad y por tanto no pretenden suministrar información objetiva, ni ubicar al viandante, sino explorar sensaciones, percepciones y sentimientos. Y en última instancia, procuran comprender mejor las pulsiones de la urbe y los efectos que causan en la vida de la gente, y -como pretendían los situacionistas- poner la ciudad al desnudo

a la vez de disponer de un modo lúdico de reapropiación del territorio (Careri, 2013: 92).

En adelante -y a la luz de las referencias teóricas y procedimentales expuestas- comentaré un ejercicio de cartografías sensoriales realizado con 10 personas ciegas de la Sociedad de No Videntes del Azuay SONVA², que se inscribe en una investigación cualitativa sobre la relación vital de estas personas con su entorno.

Una propuesta de esta naturaleza tiene cabida en el marco del quehacer etnográfico, entendido más allá de un conjunto de estrategias y técnicas, o incluso de un texto interpretativo; sino como una “concepción y práctica de conocimiento, que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros” (Guber, 2012:16), además de un tipo particular de ejercicio narrativo, cuyo objetivo es describir la vida tal y como es vivida y experimentada por la gente, en algún lugar y algún tiempo (Andrade; Forero y Montezemolo, 2017: 12). Así, la plasticidad del método etnográfico permite la experimentación metodológica y el intercambio con otras disciplinas como el arte, más aún cuando en su vocación de entendimiento de la perspectiva vital de otras personas, procura hacer de la más íntima subjetividad un medio de demostración objetiva, sin renunciar a la penetración psicológica, filosófica o aún al placer estético (Lévi-Strauss, 1995; Peacock, 2005).

En cuanto proceso etnográfico abierto, cartografié con personas ciegas, mapas de algunas emociones o estímulos sensoriales sobre el espacio urbano, en el afán primero de estimular la recolección de datos que no saldrían a la luz por la mediación de otros canales metodológicos, y luego para sondear desde una perspectiva muy particular una faceta inconsciente de la ciudad.

Estos datos se complementaron con estrategias de “transectos” (acompañamiento y toma de notas) y entrevistas en movimiento con las personas participantes. Esta

² Se reserva la información detallada de los participantes por compromisos de confidencialidad, pero para efectos de caracterización de la muestra: 6 de las 10 personas que participaron del ejercicio fueron varones. El promedio de edad fue de 43 años. La mayoría de ellos (5) se dedican al comercio informal por épocas, 2 son estudiantes, 2 tienen contrato fijo en empresa pública y uno se encuentra en el desempleo. Solo 3 de los participantes tienen título universitario, 5 tienen título de bachiller y dos no lo han concluido.

maniobra sirvió para validar y sobre todo profundizar en algunas reflexiones ya desatadas con la cartografía.

Habría que decir que como estrategia heurística, los esquemas proyectados devienen un pretexto para conversar sobre ciertas cuestiones que de otra forma no habrían salido a la luz. Un esquema de trazados libres como el que se propicia es otra forma de articular un discurso sobre el espacio urbano y construir un guión de ese relato. Dibujar recorridos en un plano bidimensional permite a los participantes ordenar sus argumentos y jerarquizarlos en una secuencia que resulta lógica en sus propios términos y consideraciones, de esta manera organiza el itinerario de investigación con el informante, como lo haría una batería de preguntas o entrevistas estructuradas, pero con un alto grado de libertad, pues es el sujeto de investigación quien dirige la conversación a partir de su memoria y discernimiento.

Subrayo la particularidad de experimentar este recurso con personas ciegas, pues en su condición, las referencias multisensoriales son muy ricas y frecuentes, además de que los resultados del ejercicio se potencia al no apelar a resoluciones cartográficas tópicas y más bien una gran predisposición para adherirse a la propuesta. Así, estos mapas - escindidos de su función georeferencial pragmática- bien pueden convertirse en catalizadores de conocimiento y especulación etnográfica³.

En la Ilustración 1, se puede ver un mapa de los recorridos que una persona no vidente hace regularmente de su casa al trabajo, el cual nos habla de una construcción mnémica del territorio que no necesariamente respeta distancias y proporciones, pero que cumple una importante función en la conciencia del espacio. Así mismo, nos arroja luz en los impactos de una ciudad excluyente y hostil en la vida cotidiana de una persona con discapacidad visual, a saber, serias restricciones de improvisación y goce lúdico del trayecto, pues tienen circuitos de desplazamiento muy definidos, lo que les brinda seguridad y aplomo en su movilidad urbana, pero que les pone en una situación de

³ En el sentido que propone Tim Ingold: “Tenemos que movernos más allá de la idea de que la antropología estudia las culturas. Necesitamos pensarla como una disciplina especulativa, que mira las posibilidades y potencialidades de los seres humanos [...] No es sólo pensar cómo fue o es la vida humana en ciertos lugares o momentos sino cómo podría ser, qué tipo de vida podríamos vivir. La antropología debería mirar al futuro” (2013).

vulnerabilidad cuando un paso recurrente esta cerrado o un bus toma un trayecto inusitado. De esta forma de palpar el espacio da cuenta inmutabilidad de sus mapas de recorridos.

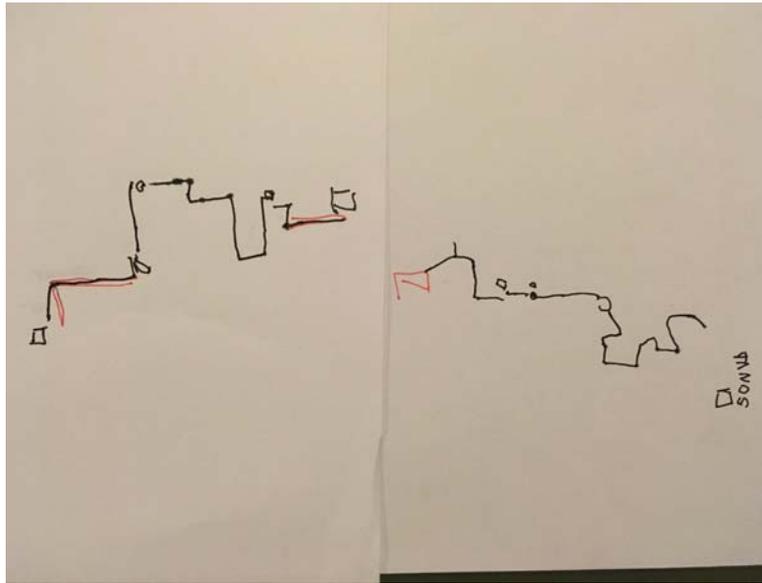


Ilustración 1. Mapa recorridos casa-trabajo.

En la Ilustración 2, en donde se reproduce un mapa de los lugares hermosos del centro histórico de Cuenca-Ecuador⁴, fue interesante observar como se contraponen dos escalas muy diferentes para apreciar lo bello, pues luego de que ubicaron con otro color (en este caso rojo) las construcciones a su juicio más importantes, justificaron su decisión endilgándoles características “meta estéticas” como: grande, bonito, imponente, antigua, etc. A la par, cuando intenté profundizar sobre detalles constructivos concretos de estos edificios, en algunos casos no tenían idea de su resolución. Lo que abre la puerta a por lo menos dos líneas de fuga para pensar la construcción social de lo bello, esto es: la preeminencia del discurso hegemónico-tópico acerca del valor estético por sobre la ponderación subjetiva y personal de esta experiencia; y la emergencia de nuevos registros sensoriales para concebir la noción de belleza del espacio urbano: ese edificio es bello porque huele bien, es hermoso porque es suave al tacto, o por el silencio de su interior.

⁴ Duela de un centro histórico que mereció ser incluido la lista de patrimonio mundial de la UNESCO en 1999.

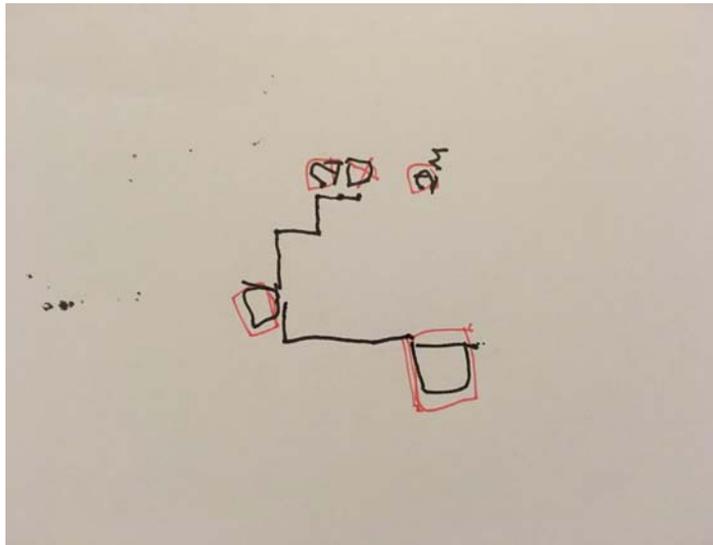


Ilustración 2. Mapa de lugares hermosos en el Centro Histórico

Fue curiosa la reacción de mis informantes cuando trabajamos cartografías olfativas (Ilustración 3), pues en principio les pareció inusitado pensar la ciudad desde los olores, no obstante enseguida adhirieron al ejercicio, produciendo valiosa información acerca de su relación y apreciación de la ciudad. Además, como se argumentó al inicio de este trabajo, la conexión entre olfato y memoria fue fundamental para encauzar un diálogo sobre la historia de la urbe, sobre sus transformaciones, sobre recuerdos personales en diferentes épocas de su vida y sobre el impacto que estas transformaciones han tenido en su relación con el espacio circundante.

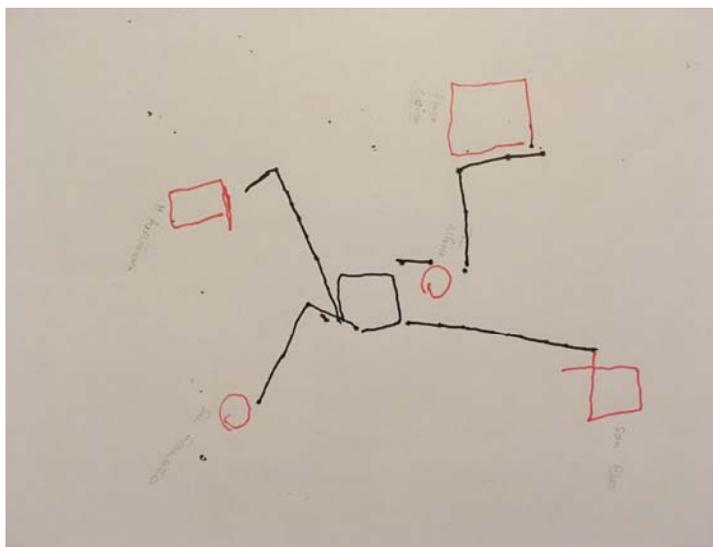


Ilustración 3. Mapa de olores agradables del Centro Histórico

El ejemplo de la Ilustración 4 (mapa de sonoridades placenteras en el centro de la ciudad), da cuenta de las grandes distancias que debe recorrer una persona no vidente, antes de encontrar en remanso de bienestar y cobijo audible. Como ya lo mencioné, el

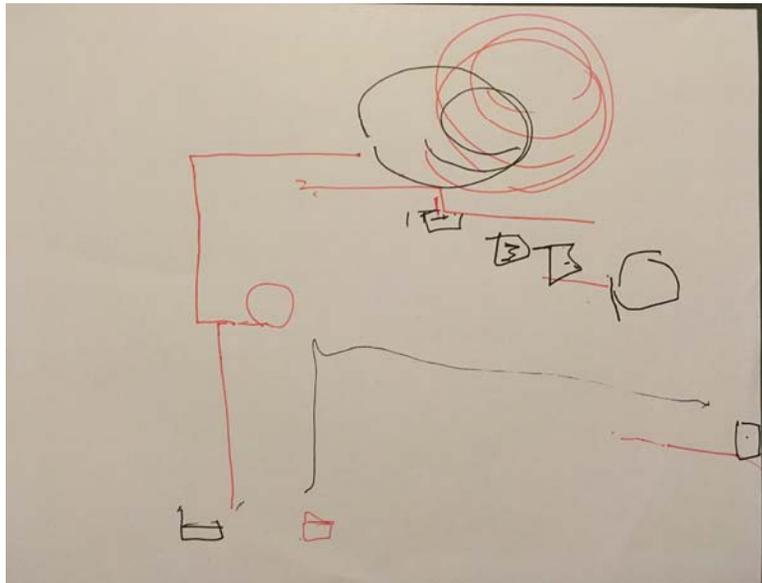


Ilustración 5. Mapa de miedos y peligros 1

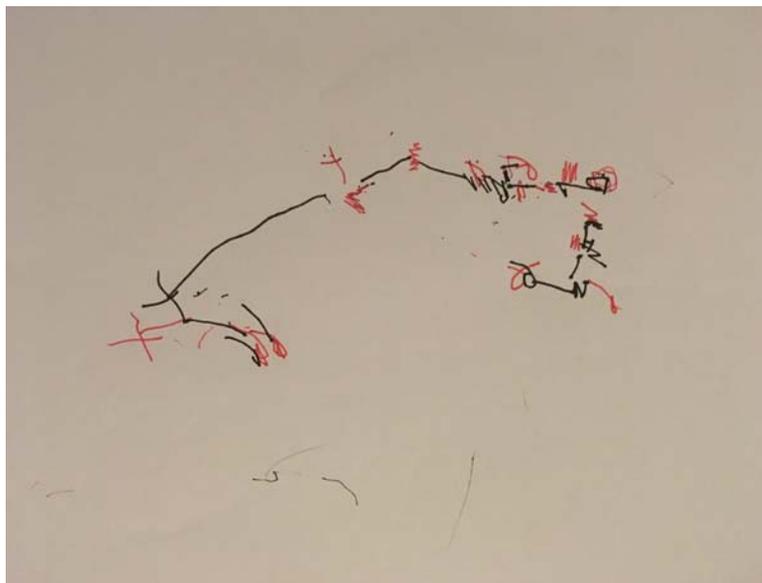


Ilustración 6. Mapa de miedos y peligros

Finalmente, y a la luz de las experiencias artísticas que inspiraron este ejercicio, rescato el valor estético de estos mapas. Más allá de la compleja realidad que estos mapas encarnan, esta dimensión estética posibilita que estos registros permeen a otras plataformas de discusión y divulgación aparte de las que ofrece normalmente el campo académico, logrando con esto una interesante posibilidad de incidencia e interpelación social, tal como en su momento aspiraron dadaístas, performers o situacionistas desde el estadio del arte.

3. Conclusiones

No se ha querido hacer una exégesis interpretativa de los croquis conseguidos, tanto como justificar la pertinencia de esta estrategia en el contexto de los informantes con los que se opera; situar este recurso en un campo disciplinar y metodológico (a saber, la intersección entre arte y etnografía); y a partir de ello, propiciar una meta reflexión sobre este ejercicio metodológico.

Habría que advertir de que se trata de una estrategia metodológica en curso, por lo que podrá valorarse todo su potencial y advertir sus limitaciones a futuro, pero insisto que el objetivo de esta comunicación es explorar las posibilidades creativas que permite el trabajo etnográfico cuando en ciertas condiciones específicas, se “contamina” de campamentos disciplinares disímiles como en este caso el arte.

A la postre, esta también es una exposición de argumentos a favor del “tráfico” entre arte y etnografía. Tráfico entendido como un complejo proceso de “contaminación” producto de la movilización de ideas, categorías, conceptos, estrategias de apropiación y recontextualización mutua entre estos dos campamentos, y que a pesar de sus beneficios, no está libre de conflictos y sospechas por parte de ambos campos disciplinares (Andrade, 2007).

En otro orden de ideas, así como los situacionistas “rechazaban la idea de una separación entre la vida real, alienante y aburrida, y una vida imaginaria maravillosa, [en cuanto] era la propia realidad la que debía convertirse en algo maravilloso” (Careri, 2013: 74) El reto pendiente de las exploraciones multisensoriales del territorio, será romper las barreras de la excepcionalidad (como paréntesis en el vértigo y la niebla de la vida diaria) e incorporarse paulatinamente a las maneras cotidianas con las que aprehendemos e intervenimos la ciudad.

Este es un desafío que interpela al investigador interesado en descifrar las encrucijadas de la vida en la ciudad, y por supuesto a los decisores de política pública, quienes pueden coadyuvar a una nueva pedagogía urbana. Solo después de ello, podemos aspirar objetivamente a que este se convierta en un desafío a nivel individual.

Se ha advertido ya a lo largo de este trabajo la importancia de asumir en serio este desafío, pues tomar conciencia de la dimensión multisensorial de la ciudad, supone un extrañamiento de los sentidos, implica enfrentarnos a sabores, a olores, músicas, ritmos, sonidos, texturas, contactos, emociones y a empleos de la mirada que trastornan nuestras rutinas y nos enseñan a apreciar de otra manera nuestra relación con el mundo y con los demás.

La “experiencia urbana” desde los sentidos implicaría dejarse sumergir en el mundo y nos demandaría una gran desafío de sensibilidad al obligarnos a reaprender a sentir, a liberarnos de preceptos y prejuicios, a agudizar nuestra capacidad de asombro, curiosidad y también de solidaridad e inclusión.

Imaginemos finalmente, a manera de reflexión especulativa, los beneficios de pensar la ciudad desde los sentidos (todos y no solo la vista), y coadyuvar así a la construcción de una ciudad acogedora, sugerente, creativa, lúdica, que a la vez sea casa (abrigo) y escuela (aprendizaje), una ciudad que propicie encuentros (y mejor si son con “los diferentes”). Una ciudad para mirarla (a condición de que sea en todos sus colores), pero también para tocarla, olerla, degustarla y escucharla. Esto supondría un “entrenamiento” que haría brotar lo múltiple a partir de lo que antes parecía unívoco y simple (Le Breton, 2007: 27).

4. Referencias bibliográficas

- Andrade, Xavier (2007) “Del tráfico entre Antropología y Arte contemporáneo”. En: PROCESOS Revista Ecuatoriana de Historia. Número 25. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar. Corporación Editora Nacional.
- Andrade, Xavier; Forero, Ana y Montezemolo, Fiamma. (2017). “Los trabajos de campo, lo experimental y el quehacer etnográfico”. ÍCONOS Revista de Ciencias Sociales. Número 59. Quito: FLACSO Sede Ecuador.
- Augé, Marc, (2000) [1992]. *Los No lugares, Espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Augé, Marc. (2009) *Elogio de la bicicleta*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Barreiro, Bárbara (2015): "Psicogeografía y ciudad: Iconografía de la ciudad Surrealista" [en línea]. En: *Ángulo Recto*. Revista de estudios sobre la ciudad

- como espacio plural, vol. 7, núm. 1, pp. 5- 12. En:
<http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen07-1/articulos01.htm>. ISSN:
1989-4015 http://dx.doi.org/10.5209/rev_ANRE.2015.v7.n1.49197
- Bauman, Zygmunt. (2016) *Modernidad Líquida*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre. (2000). *Cosas Dichas, Aperturas*. España: Gedisa editorial.
- Careri, Francesco. (2013) *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- De Certeau, Michel (1996) *La invención de lo cotidiano: Artes de Hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana
- Delgado, Manuel. (2007). *Sociedades movilizadas, pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Editorial Siglo XXI.
- Guber, Rosana. (2012). *La Etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Han, Byung-Chul (2015). *El aroma del tiempo: Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder Editorial.
- Harvey, David. (1998). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Argentina: Amorrortu editores.
- Ingold, Tim. (2013). "La antropología en crisis", en: Revista de Cultura Ñ. Recuperado en:
https://www.clarin.com/ideas/tim-ingold-antropologia-crisis_0_rkib57njPme.html. Visitado en: Agosto 2018.
- Kingman, Eduardo (2012). *San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio*. Quito: FLACSO Sede Ecuador
- Le Bretón, David. (2007). *El sabor del mundo, Una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Bretón, David. (2014) *Caminar. Elogio de los caminos y de la lentitud*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.
- Lefebvre, Henri. (1997) [1983]. *Henri Lefebvre y los situacionistas*. [entrevista]. Revista *October*. Número 79.
- Lefebvre, Henri. (2017) [1968]. *El derecho a la ciudad*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Lévi-Strauss, Claude. (1995) [1987]. *Antropología Estructural*. Barcelona: Editorial Paidós.

Peacock, James. (2005) *La lente antropológica: Luz fuerte, enfoque suave*. Madrid: Alianza Editorial S.A.

Sartori, Giovanni. (2013) [1997]. *Homo Videns: La sociedad teledirigida*. México D.F.: Punto de Lectura.

Tuan, Yi-Fu (2007) [1974] *Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Editorial Melusina.

5. Entrevistas

Rodrigo. (15 de octubre de 2017). *Comunicación personal*.

Ricardo. (julio de 2013). *Comunicación personal*.

Adrián. (diciembre de 2013). *Comunicación personal*.

Adrián 1. (mayo de 2018). *Comunicación personal*.

Eduardo. (diciembre de 2013). *Comunicación personal*.